El *txistulari* nace, vive y muere en él. El tamborilero es el emblema genuino, el reflejo fiel de nuestra música y, por tanto, de nuestra raza. De todo tiempo nuestros músicos juglares tuvieron el prurito de demostrar su habilidad en el manejo del difícil instrumento, llenando las melodías de adornos y «retruécanos» de todo género, como puntillos dobles y sencillos, fusas y semifusas, pequeños contratiempos de detalle, «rubatos» diversos, etc. Muy pocas gentes se han fijado en las enormes dificultades de tocar el *txistu*. El silbo no tiene más que tres agujeros, dos delante y uno detrás. El tamborilero no dispone ni de una sola llave y, sin embargo, abarca las dos mismas octavas que la flauta y hace los mismos exactos equilibrios de agilidad y rápidez que el instrumento dotado de todos los posibles elementos de ejecución fácil. Tapando más o menos tales o cuales agujeros de los tres únicos existentes, hace el *txistulari* todos los bemoles, sostenidos, cromatismos y enarmonismos habidos y por haber. ¡Es realmente admirable, y nadie se fija en ello!

(*F. Gascue*)

Se toca tomando el *txistu* con la mano izquierda y haciendo funcionar los agujeros con los dedos pulgar, índice y medio, mientras la derecha del *thun-thunero*, con ayuda de un palito, percute el tamboril, con el cual el silvo va siempre asociado. En el tamboril (tambor más corto y estrecho que el atabal) típico primitivo, no hubo más que un silbo, y no existía el tambor que les suele acompañar. Vino después, en algunas localidades, el segundo silbo y el atabal. El silboto, tercer silbo, es moderno y excepcional.

Larramendi dijo en el siglo XVIII que se diferenciaban de los *tamburinos* o *tuntunes* de Francia, en que en Laburdi y Benabarre, las flautas eran más largas, dulces y sonoras, y que en Guipúzcoa se usaban tamborcillos, mientras los vascos ultrapirenaicos emplean una especie de arpa con cuerdas gruesas que, heridas del palo, suenan roncamente y sin tanta bulla como nuestro tamborcillo.

En Laburdi, los nativos tenían antaño que socorrer al rey de Francia con dos mil hombres, al menor son de tamboril que se hiciese oir en la frontera (Bernou). Cuando en 1558, los españoles se presentaron delante de San Juan de Luz, las milicias vascas del país, se congregaban al son del tamboril en la plaza de Bayona. Pierre de Lancre, decía en 1612, que los laburdinos amaban la danza turbulenta al son del tamboril, y que los curas eran los primeros en el baile de la aldea. Cuando Felipe II de España, reunía tropas en la frontera de los Pirineos, la autoridad real en Bayona declaraba que, en vez de entristecerse como los demás franceses por la situación del reino, los Vascos no dejaban de bailar y saltar al son del tamboril (1593).

Acudieron los tamborileros al akelarre. Juan de Goiburu, tocaba el tamboril en el akelarre de Zugarramurdi, y su primo Juan de Saslain, tañía el tambor. Ambos fueron apresados por la Inquisición y juzgados por ella el año 1610 en el auto de fe celebrado en Logroño. Por haberse confesado reos, prometido enmienda y llevado a los Tribunales muchas noticias de brujerías, fueron perdonados.

Hay casas que anuncian pulseras desde 30 pesetas; URTIAGA el mismo reloj, 8 pesetas más barato.

El ciego de Ziburu, después de tocar el tamboril en la plaza pública, para que los ziburutarras bailasen, de noche se trasladaba al akelarre a seguir tocando para que las brujas y brujos se mezclasen en danza infernal.

En otros tiempos, cuando la pesca de la ballena constituía el principal recurso de vida en la costa del Golfo de Vizcaya, los tamborileros daban el toque de alerta en los puertos, anunciando a los pescadores la presencia del cetáceo.

Como caso notable se cita al tamborilero Roque Ansola, que desde los dieciseis años hasta los ochenta y siete (!) ejecutaba aires todos los días festivos en la plaza de Elgoibar, su villa natal, y en los distintos valles en que se celebraban romerías. Falleció en Elgoibar, hace pocos años, a los ochenta y nueve de edad.

El traje característico de estos artistas populares, consistía por lo general durante el último cuarto del siglo pasado, en chaqueta negra y boina oscura, ésta última sustituída habitualmente en los días festivos por el sombrero de copa alta o cuando menos de media copa.

En algunas localidades como San Sebastián, Tolosa, Fuenterrabía, los tamborileros visten todavía indumentaria de gala a la vieja usanza, para las ceremonias a que asiste el Ayuntamiento respectivo, consistente en calzón corto, media blanca, zapato blanco con hebilla de plata, frac de este color y bicornio.

Un personaje parisién fué por Carnaval a San Sebastián en los años en que ésta ciudad echaba la casa por la ventana. «San Sebastián – decía al marcharse – es un pueblo de locos. Durante estos tres días sólo he visto una persona formal, el tamborilero, que presenciaba impávido y sereno tanta alegría.

Hoy, como ayer, en la pequeña plaza del villorrio, los *gizonak* del pueblo y los campesinos de la jurisdicción, se reunirán los días de fiesta. Por la tarde los txistularis, apoyados en el muro del pórtico, golpearán los parches y soplarán en los flautines que ya los romanos llamaron «tibias vascas».

MARTIN DE ANGUIOZAR.

San Sebastián.

Al público de Rentería, URTIAGA demuestra servirle en mejores condiciones que cualquier otra Relojería.

¿URTIAGA establecido en Rentería?
Pues ya estará el público satisfecho con un maestro Relojero como es.